



Ciro Alegría en tres instancias o el destino y unas cartas sobre la mesa...

Three instances of *Ciro Alegría* or the
destiny and some letters on the table...

Teodoro Rivero-Ayllón

1

Nueva York, 14 de abril de 1941, Día de las Américas. Un tímido joven peruano de 33 años recibe en el Waldorf Astoria el primer premio del Concurso Latinoamericano de Novela. La convocatoria ha sido lanzada por una prestigiosa editorial del país del Norte: la Farrar & Rinehart, bajo los auspicios de la Unión Panamericana.

Se trata de un premio definitivamente consagratorio. Entre los nombres del riguroso jurado internacional, figura el del escritor norteamericano John Dos Passos, autor de *Manhattan transfer*, *El Paralelo 42* y *El gran dinero*.

Este premio es el codiciado “Nóbel” latinoamericano. El autor, *Ciro Alegría* –nombre que parece un sugestivo seudónimo–, es un jovencito pálido, de breve estatura. Cruza entre aplausos, no sin cierto nerviosismo, las alfombras del lujo del Hotel Waldorf Astoria, escenario de la premiación de su novela “*El mundo es ancho y ajeno*”.

Han participado en el concurso los mejores narradores de Hispanoamérica. Entre ellos: el mexicano Miguel A. Menéndez, autor de “*Nayar*”; el ecuatoriano Alfredo Pareja Diez Canseco, de “*Las tres ratas*”, y su connacional, Enrique Gil Gilbert, autor de “*Nuestro Pan*”. José Ferrando, el ganador de la postulación en el Perú, se ha presentado con un bello, extenso y poético relato: “*Panorama hacia el alba*”.

Luego de los discursos –en inglés, con versión al español–, Archibald McLeish le hace entrega del pre-

mio. Una prolongada ovación saluda a “la nueva figura estelar” de la narrativa latinoamericana. El galardón incluye un cheque –bienaventuranza de la suerte en momento oportuno!– por dos mil quinientos dólares americanos, una fortuna en aquella época de guerra mundial, aparte pasajes de ida y vuelta, más la edición de la novela y apertura de las obras del triunfador al gran mercado del libro norteamericano!

Ciro Alegría ha viajado a pesar de su salud precaria para esta ceremonia y debe volver a Chile a reincorporarse a su modesto trabajo de corrector de originales en la Editorial Ercilla.

Pero he aquí otra jugada del Destino: Esa Segunda Guerra Mundial (1939-1945) está en marcha desde hace dos años. Crisis y riesgos internacionales. Alemania –la Alemania de Hitler– luego de sus ofensivas aéreas contra Gran Bretaña, el ataque a Polonia y la ocupación de París, acaba de invadir –en campaña relámpago– a la Unión Soviética. Los japoneses han bombardeado Pearl Harbor. El ingreso de Estados Unidos en la guerra, impide viajes y movilizaciones. El pasaje de retorno del escritor peruano a Chile, es postergado.

Es pospuesto indefinidamente. Y así, *Ciro Alegría* deberá permanecer durante todo este tiempo en el país del Norte.

¿Hasta cuándo?

¿Hasta cuándo, lejos de la esposa y de sus dos niños, en Chile, y él acá en Nueva York, en un país al cual ha combatido desde sus años mozos, y por el que ha padecido persecuciones a muerte, tras una revolu-

ción armada que ha dejado miles de caídos en la costa y los Andes del Perú?

Un país por el que ha padecido encarcelamientos en antros inhumanos en los que contrajo una tisis pulmonar, y destierro –sin un céntimo en el bolsillo–, como miembro de un partido antiimperialista, el más beligerante y antimperialista de América... El APRA, la Alianza Popular Revolucionaria Americana, partido en el que Ciro se ha inscrito desde su fundación en el Perú, en 1930, fundado en México en 1924 por un coterráneo y pariente suyo: el trujillano Víctor Raúl Haya de la Torre.

Tuvo el APRA su bautismo de fuego, a dos años de fundada, cuando en 1932, se alzó el pueblo de Trujillo en armas contra la dictadura gobernante. Siguieron luego levantamientos armados en Cajamarca y Huaraz: Ciro Alegría jugó entonces rol protagónico.

2

Desterrado por aprista, Ciro Alegría arriba a Valparaíso en el vapor chileno Santa Cecilia el 13 de diciembre de 1934, el mismo día en que José Santos Chocano, el "Poeta de América", ha sido victimado a puñaladas, en Santiago, en un tranvía ciudadano. Expulsado del país, –sólo con 20 céntimos en el bolsillo–, ese mismo 13 de diciembre, en una tarjeta de la Grace Line, la compañía del barco en que viaja, Ciro escribe a su tía Ofelia:



“Mi querida tía Ofelita: Supongo que ya te habrás informado de mi deportación. Yo le dije a la Negra que te escribiera y supongo que lo hizo ya. Acabo de llegar y quiero que me auxilies con algún dinero, por una sola vez, sería suficiente para instalarme: lo demás ya me lo procuraré yo. Al tío Constante me da vergüenza escribirle. La otra vez ni siquiera me contestó.

Ahora está demás que te lo diga, no he hecho nada, NADA. Y me han deportado. Les pido únicamente el dinero suficiente para no morirme de hambre el primer mes. Quiero que me ayudes, tía Ofelita. Espero que lo harás.

Escribeme al Correo Central, Santiago de Chile. Te abraza en medio del dolor del destierro, tu hijo Ciro.

Ante el silencio de tía Ofelita, el 29 de diciembre –ha pasado las peores navidades de su vida, ¡que ni en la cárcel!–, torna a insistir, a suplicar:

“Si no tienes plata que mandarme –sé que por tu bondad, sólo en este caso no lo harías–, mándame la colección de estampillas que recuerdo que tenías. Aquí se venden bien. En todo caso, yo creo que debías mandármelas. Yo me encargaré de venderlas y nos repartiremos las ganancias. Es el mejor partido que puedes sacar de ellas (...) Hasta ahora no he conseguido trabajo. Si el tío Constante quisiera, yo podría venderle el café de Pomabamba aquí, a buen precio. El café del Perú se cotiza bien. Pero el tío Constante creo que desconfía de mí. Tu hijo Ciro”.

Frente a panorama tan incierto, busca uno u otro medio de sobrevivir en tierra extraña, en tanto le llegue la remesa familiar –el S.O.S.– que ha solicitado al Perú, ya con los puños crispados de desesperación.

Viene a salvarlo temporalmente de la situación económica una buena noticia: el concurso de novela de una afamada editorial chilena, la editorial Nascimento. Aunque el jurado –se sabe– es muy estricto, decide presentarse. Probará suerte. Lo integran personalidades de las letras: Ernesto Montenegro, Marta Brunet, Alberto Romero.

Ciro Alegría cavila ahora –aparte el negocio de las estampillas de Tía Ofelita o el café de Pomabamba– en pos de algún tema que pueda salvarlo de la situación en que vive. Acude a sus recuerdos de infancia; y, tras largo discurrir, piensa al fin en el río Marañón, en las montañas y selvas de su país natal, que él tuvo que atra-

vesar cuando, luego de la revolución armada en que participó, iba camino de las fronteras del Ecuador, huyendo de la muerte.

—Sí, el río Marañón, se dice, dando un salto de regocijo... El río Marañón será el personaje central... Lo presentaré en cuadros rápidos, cinemáticos... Presidirá la vida de los balseros, de las gentes humildes de aquellas regiones de mi patria... El nexo fundamental será el río... Definitivamente, el río!”

No queda ahora otro camino que sentarse a escribir, a escribir día y noche, pues el tiempo apremia. Tras noches de insomnio, logra entregar el trabajo, a la hora undécima. Lo ha firmado con el seudónimo de “Fausto”.

Días terribles de inquietud en espera de los resultados.

Cuál no sería su sorpresa al enterarse días más tarde del fallo que el jurado, de unánime acuerdo, a remitido al editor don Carlos George Nascimento:

“Después de minuciosa lectura, llegamos a la conclusión unánime de que el premio corresponde, sin lugar a dudas, a la novela “La Serpiente de Oro”, firmada por “Fausto”. Aunque la obra se desarrolla en un ambiente extraño al nuestro, su belleza, vigor y originalidad la acreditan como digna de la recompensa con que usted ha querido estimular la producción literaria en una forma



Rosalía Amézquita, primera esposa de Ciro Alegría.
Lima, 1934.

amplia, que no admite restricciones de índole local, inspirados en este espíritu, y creyendo interpretar los sentimientos de usted, el jurado considera que este premio no debe ser estimado como un desaire a los concursantes chilenos, sino, más bien, como un acicate a la producción de la novela continental”.

3

No le ha llegado remesa alguna de cuanto esperaba para resolver sus males y miserias en Chile, pero se le viene Rosalía “La Negra”.

Ligeramente mayor que él, y de una fresca tez que en el Perú llaman capulí, de donde se le origina el alias de la “Negra” con que los familiares la conocen desde niña.

Cimbreado el talle, el cabello ligeramente ondulado y corto; la mirada vivaz, seductora, ila sensualidad en los labios...!

Sí, unos labios y unos ojos que a Ciro le recuerdan el “triolet” de González Prada:

*“Tus ojos de lirio dijeron que sí,
tus labios de rosa dijeron que no...”*

Ciro está perdidamente enamorado de ella desde el primer momento en que la vio en Lima. Recuerda los días de la prisión, los terribles días del panóptico, donde su celda estaba al lado de los fríos depósitos del agua que le enfermó los bronquios y le dejó estas fiebres intermitentes que lo aquejan de por vida, y le obligan a la diaria consulta del termómetro...; esos injustos días de la cárcel limeña, cuando ella se las arreglaba para pasarle dulces preparados esmeradamente en casa, y también algo de comer, con riesgo de no poder vencer las resistencias de la portería, y al término de la visita—tan fugaz como largamente esperada—, recogerle la ropa para hacérsela lavar. (*iAh! Ciro, tan descuidado, el pobre, tan abandonado siempre!*).

ARRASTRÁNDOLA POR LA TIERRA

Un compañero de prisión y de ideales revolucionarios, Juan Seoane, recuerda a Ciro y aquellos días de presidio:

“Bueno, él caminaba por la pampa... Yo le veía porque me trepaba encima de mi tarima y podía mirarlo por la ventanilla... Le veía caminar con una frazada cogida con una mano sobre el hombro y arrastrándola por la tierra. Porque Ciro no hacía esfuerzo alguno... Era un personaje cansado siempre, sin vigor físico... Los mucha-

chos cuidaban su ropa y los días que se cambiaba, ellos mismos se la lavaban. A pesar de que la Negra se llevaba parte de la ropa para hacérsela lavar...".

Venciendo la tenaz oposición familiar –especialmente del tío Guillermo Amézquita–, la Negra, ha tomado el primer vapor que partía del Callao con rumbo al puerto de Valparaíso. No ha podido soportar un mes, sin verlo. Y como nadie la esperaba allí en Valparaíso, preguntando ella, preguntando, sola, ha encontrado la estación del ferrocarril que la conduciría hasta la estación del Mapocho, en Santiago. Y de ahí, a la calle Compañía 1555 –la modesta pensión de Giro–, que será a partir de entonces, refugio de sus ternuras y fracasos.

NI NOTICIAS DE DINERO...

La Negra no trae ahora ni noticias del dinero pedido a la tía Ofelilta, ni de la colección de estampillas para venderlas en Santiago, ni del café de Pomabamba del tío Constante “*que yo podría venderle aquí a buen precio*”. Ha traído sólo unas cuantas libras peruanas, de sus propios ahorros, que cubrirán apenas las deudas de Giro en la pensión. Pero le ha traído algo mucho más valioso. La prueba de que hay alguien en el mundo que de veras lo ama, que le ha devuelto, en fin –con su fe en la vida–, la esperanza y el amor...!

Amor y esperanza es lo único que ella le trae... Sí: Esperanza y amor, lo único con que él podría también retribuirle... Pero... trabajar, y ¿en qué...?

Manolo Seoane, gran amigo y correligionario, le ha conseguido cierto puesto de trabajo en Buenos Aires, y le ha enviado ya los pasajes. Lo de Chile no promete mucho. Una proeza, de cualquier forma, en tiempos de crisis mundial, tras la caída de la bolsa de Nueva York de 1929, las secuelas de la primera gran guerra, y los temores de una segunda conflagración, definitiva, que salve los escollos de ese infausto Tratado de Versalles.

Ahora viene la Negra, cuando él menos lo esperaba; viene a alegrarle la vida, pero a ensombrecerle el porvenir, desempleado...

Con fecha 21 de febrero, Giro le escribe a Manuel Seoane:

“Querido Manolo: Tu carta en la que mandabas el pasaje a Buenos Aires y la siguiente, ya en mi poder. He tardado en contestarte porque una nueva situación personal lo impuso así. Es el caso que la Negra –supongo que te acuerdas que una muchacha me intranquilizaba en Lima– me anunció que se venía y

lo llegó a hacer así. Se embarcó el quince y llegó ayer. Un día de estos nos casaremos. Me anuncia su familia que ha nombrado a Cox como apoderado...”

BODAS DE SANGRE...

Una semana más tarde, la joven pareja contrae matrimonio en la municipalidad de Santiago, el 28 de febrero de ese año 1935.

Han oficiado de padrinos Carlos Manuel Cox y Luis Alberto Sánchez, ambos desterrados, como Giro, por apristas, por revolucionarios, por seguidores de Haya de la Torre. De los tres, Luis Alberto es quien se halla en mejor situación. Trabaja para la editorial Ercilla, y vive con la chilena Rosa Dergán en Santa Beatriz N° 120, una casita de dos pisos, con sótano, y con terraza, en el tercero. Habita el primer piso un sacerdote de apellido Valderrama; en el segundo, Luis Alberto y Rosa Dergán. La terraza del tercer piso, con baño, la ocuparán Giro y Rosalía.

Frustrado este viaje a la Argentina, no hay más camino que ponerse a trabajar en Santiago.

Pero he aquí, que con las rudezas del invierno, a las dos semanas de laborar como corrector de estilo de la Editorial Ercilla, “La Negra” Rosalía debe estar pendiente a toda hora –día y noche– del querido paciente, quien guarda cama a consecuencia de unas gripes seguidas, primero, y luego, de una bronquitis asmátiforme, de unas fiebres muy altas, con tos agotadora, y esputos sanguinolentos...

“NON OMNIS MORIAR!”...

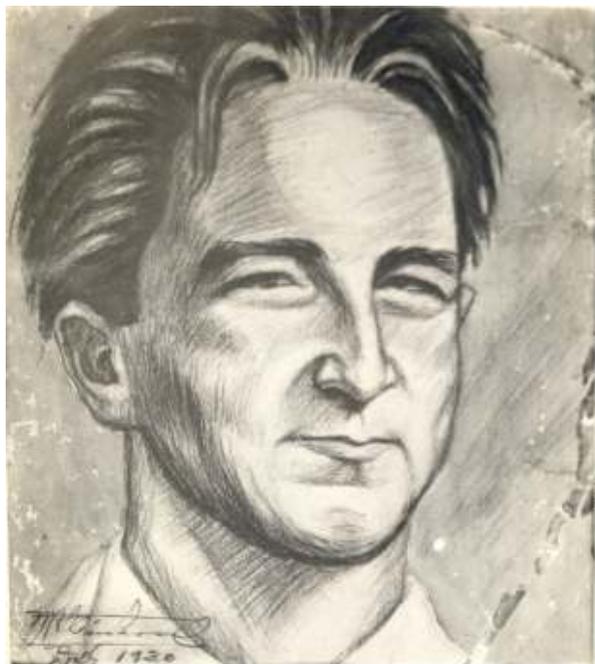
Los médicos confirmarían las sospechas de la gravedad del mal: una tuberculosis galopante, que le ha perforado el pulmón izquierdo...!

Giro presiente que está ya próximo a morir –cuando empezaba una carrera de triunfos y tenía tantos proyectos aún–, y qué pena morir en tierra extraña! Una vaga esperanza lo alienta, sin embargo: “*Non omnis moriar!*”... Sí, no todo perece... No todo muere: un nuevo ser –hijo de sus entrañas prematuramente fatigadas, y en trance de muerte–, alienta ya en el fecundo vientre de su joven compañera de infortunios...!

EL SANATORIO DE SAN JOSÉ DE MAIPO

A unos 20 kilómetros al sureste de Santiago y a mil metros sobre el nivel del mar, se halla el Sanatorio de San José de Maipo.

Es el mejor sanatorio de Chile para tuberculosos,



Ciro Alegría en un apunte de Mariano Alcántara
hecho en 1930.

enclavado en plenos Andes meridionales, entre la montaña y el río. Lo rodea el fresco verdor de eucaliptos y aromos, en un panorama de casas primitivas de paja y adobe, sobre el que destacan las torres de la iglesia, una iglesita de tiempos coloniales...

Los eucaliptos, el río, la montaña, le traerán recuerdos a Ciro de esa patria querida que no ve desde hace un lustro y en que vive exiliado, enfermo y pobre, sin poder ver a los suyos. Una tiranía militar lo arrojó al destierro. ("Pobres países –dijo el gran Sucre, profético– donde la fuerza armada delibera...!"). Piensa el desterrado en los versos del venezolano Andrés Bello, otra víctima de las tiranías militares de su patria:

*"Nacimos en la pura tierra de Venezuela,
la del signo del Éxodo, la madre de Bolívar,
y de Sucre, y de Bello, y de Urdaneta;
la que algo tiene y nadie sabe dónde,
que el hijo vil se le eterniza dentro,
y el hijo grande se le muere afuera..."*

El 15 de agosto de 1936 Rosalía Amézquita acompañó al enflaquecido Ciro al Sanatorio para Tuberculosos de San José de Maipo. No imaginaban ambos que ese paisaje les iba a ser familiar –dolorosamente familiar– por cerca de tres o cuatro años consecutivos...

EL PRIMER HIJO

El 9 de setiembre de 1938 –Ciro acosado por los males, en el sanatorio–, le nace el primogénito, a quien dan por nombre, el de su padre, Ciro:

"San José de Maipo, 10 de octubre de 1938

Mi querida tía Ofelita:

Esta carta es para ti, tanto como para tía Helenita i toda la familia. Tiene por objeto poner a sus órdenes al nuevo ciudadano Ciro, nacido el 9 de setiembre. Es un niño rollizo i muy simpático. Está con la Negra en Santiago, pues el ambiente sanatorial habría sido muy peligroso i desfavorable para él. Yo estoy aquí, reponiéndome de los trajines que me ocasionó el suceso i me iré a reunirme con ellos el 15 de noviembre. Yayo les informará de cierto éxito literario que he obtenido nuevamente. Yo estoy bastante mejor; aunque tendré que cuidarme todavía, haciendo reposo, un año o dos más. Esto, como comprenderás, me impide emplearme con la intensidad necesaria en un trabajo de rendimiento inmediato. Pero ánimo no me falta i espero poder salir adelante. Deseo que todos ustedes se encuentren bien i disfrutando de felicidad. Les abraza mui cariñosamente,

Ciro".

HUNDIDO EN LA MISERIA HASTA LAS SIENES...

Los males que se iniciaron en 1935, prosiguen todavía cinco años más tarde.

Gerardo Alegría, su hermano, recibirá la siguiente misiva, el 6 de marzo de 1940:

"... Yo estoy en cama. La Negra también se ha enfermado y atravesamos por una situación muy apurada. Por eso te ruego que me envíes algún dinero. Lo que puedas, aunque no sea mucho. Poco es lo que tengo que decirte de mi trabajo literario, como me pides. Vivo agotado por las necesidades y haciendo tareas subalternas para poder vivir. Proyectos no me faltan, eso sí. Poco a poco, a medida que puedo los realizo. Mi vida es muy triste y muy vulgar. Estoy hundido hasta las sienas en la miseria y luchando con toda clase de fuerzas negativas y oscuras. Mi próxima novela se llama "La flauta de pan" y es la historia de un tocador de antara. La traducción de "La serpiente de oro" ya ha sido encomendada a otra persona de la que se espera que la haga mejor. Gracias por lo que puedas hacer por mí."